

PARTE II. con las armas contra el rey de Francia ó quien quiera que la atacara.”

Gonzalo se
recoge en Bar-
leta.

1^o01.
Julio.

No obstante el firme rostro con que Gonzalo se presentó en defensa de su causa, no le pareció prudente esperar el ataque de los franceses en la posición en que se encontraba. Retiróse al punto con la mayor parte de sus fuerzas á Barleta, puerto de mar fortificado en los confines de la Apulia sobre el Adriático, desde el cual podía recibir socorros de fuera; ó ya retirarse, siendo necesario, á bordo de la escuadra española que se mantenía aún sobre las costas de Calabria. El resto de su ejército le distribuyó entre Bari, Andria, Canosa y otros lugares inmediatos, donde esperaba confiadamente sostenerse hasta que la llegada de los refuerzos, que pidió con toda urgencia á España y Sicilia, le pusiera en estado de salir á campaña con fuerzas mas iguales contra su adversario ¹⁴.

Los oficiales franceses se hallaban entretanto divididos en pareceres sobre el modo mejor de dirigir las operaciones de la guerra. Unos opinaban que se debía sitiar á Bari, defendida por la ilustre y desgraciada Isabel de Aragon ¹⁵; otros con espíritu mas caballeroso se oponían á que se atacara una plaza defendida por una mujer, y juzgaban que se debía combatir inmediatamente á Barleta, que teniendo las murallas y fortificaciones antiguas y malparadas, fácilmente podría ser entrada por armas si no se rendía desde luego. El duque de Nemours, decidiéndose por un término medio, resolvió ponerse sobre esta última plaza, y cortándole toda comunicacion con el país contiguo, reducirla por un bloqueo formal. Este plan era sin disputa el menos conveniente de todos, porque daba tiempo para que el entusiasmo de los franceses, la *furia francese*, como decían los italianos, que les hacía triunfar de tantos obstáculos, se desvaneciera y entibiara, al paso que ponía en acción la firme resolución y la tranqui-

¹⁴ D'Auton, Hist. de Louys XII, parte 2, chap. 8.—Ulloa, Vita di Carlo V, fol. 10.—Crónica del Gran Capitan, cap. 42.—Summonte, Istoria di Napoli, t. III, p. 541.

¹⁵ Esta princesa, dotada de tanta hermosura como grandeza de alma, cuya suerte movió á Boccacini en su caprichosa sátira de los “Ragguagli di Par-

naso” á llamarla la mas desgraciada de cuantas mujeres se han conocido, habia visto á su padre D. Alfonso II y á su esposo Galeazo Sforza arrojados de sus tronos por los franceses, al mismo tiempo que su hijo se hallaba todavía cautivo en su poder. No es extraño que les repugnara acumular nuevas desgracias sobre aquella víctima infeliz.

la é invencible constancia y sufrimiento de los soldados españoles ¹⁶.

Una de las primeras operaciones del virey de Francia fué sitiar á Canosa, plaza bien fortificada al poniente de Barleta, que guarnecían seiscientos hombres escogidos á las órdenes del ingeniero Pedro Navarro. La defensa de esta plaza justificó la reputacion de este valeroso soldado. Rechazó dos asaltos sucesivos dirigidos por Bayardo, La Paliza y la flor de sus caballeros. Estaba preparado á sostener el tercero, y resuelto á sepultarse bajo las ruinas de la ciudad antes que rendirla; pero Gonzalo, que no podía socorrerle, le mandó que capitulase con las mejores condiciones que pudiera, diciendo “que la plaza valia mucho menos que las vidas de los valientes que la defendían.” No halló dificultad Navarro en obtener una capitulacion honorífica, y aquella pequeña guarnicion, reducida á la tercera parte de su número primitivo, salió por medio del campo enemigo con banderas desplegadas y al toque de las músicas, como haciendo mofa de las poderosas fuerzas que tan bizarramente habia rechazado ¹⁷.

Después de la toma de Canosa, Aubigny, cuyo desacuerdo con Nemours continuaba todavía, fué enviado con una pequeña division á la parte meridional con objeto de ocupar las dos Calabrias. El virey, entretanto, habiendo intentado en vano apoderarse de varias plazas fuertes que tenían los españoles en las inmediaciones de Barleta, procuró poner en aprieto á la guarnicion de esta ciudad devastando sus cercanías y llevándose los ganados y rebaños que pastaban en sus fértiles campos. Pero los españoles no se estaban con los brazos cruzados dentro de sus defensas, sino que saliendo en pequeños destaca-

¹⁶ Giovio, Vita Illustr. Virorum, p. 237.—Guicciardini, Istoria, libro 5, pp. 282, 283.—Garibay, Compendio, t. II, lib. 19, cap. 14.—Pedro Mártir, Opus Epist., epist. 249.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 168.

¹⁷ Crónica del Gran Capitan, cap. 47.—Zurita, Hist. del rey Hernando, t. I, lib. 4, cap. 69.—Giovio, Vita Illustr. Virorum, t. I, p. 241.—D'Auton, parte 2, chap. 11.—Pedro Mártir, Opus Epist., epist. 247.

Mártir dice, que los españoles pasaron por medio del campo enemigo, gritando: “¡España, España, viva España!” (ubi supra.) Su bizarría en la defensa de Canosa arranca un sincero elogio á Juan D'Auton, el fiel historiador de Luis XII. “Je ne veux donc par ma chronique mettre les biensfaits des Espagnols en oubly, mais dire que pour vertueuse defence doibuent avoir louange honorable.” Hist. de Louys XII, chap. 11.

PARTE II. mentos arrancaban á veces el botín de manos del enemigo, ó destruían á sus contrarios con sus ataques repentinos, emboscadas y otras operaciones irregulares propias de guerrillas, en que los franceses estaban muy poco ejercitados¹⁸.

Caballeresco
carácter de la
guerra.

Por este tiempo la guerra empezó á tomar muchos de los rasgos novelescos de la de Granada. Los caballeros de una y otra parte, no contentos con los reencuentros militares ordinarios, se desafiaban á batirse en justas y torneos, deseando acreditar su esfuerzo y destreza en los nobles ejercicios de la caballería. Uno de los mas notables de estos combates fué el que se verificó entre once caballeros españoles y otros tantos franceses, á consecuencia de haber divulgado éstos algunas palabras ofensivas contra la caballería española, que decían era inferior á la suya. Los venecianos dieron á las partes campo seguro en territorio neutral, bajo los muros de su ciudad de Trani. Una brillante reunion de caballeros bien armados de ambas naciones guardaba la liza y mantenía el orden del combate. En el dia señalado se presentaron los campeones en la liza, todos armados de punta en blanco, sobre caballos primorosamente enjaezados y bardados ó cubiertos de armadura de acero como sus dueños. Los tejados y los muros de Trani estaban llenos de espectadores, y el campo rodeado de gran número de caballeros franceses y españoles, que ponían en cierto modo su honor nacional en el éxito de la contienda. Entre los castellanos iban Diego de Paredes y Diego de Vera, y entre los franceses se señalaba el buen caballero Bayardo.

Torneo junto
á Trani.

Apenas hubieron las trompetas dado la señal convenida, las partes enemigas salieron al encuentro. Del primer choque resultaron tres españoles arrancados de sus sillas por el empuje de los contrarios, y de éstos cuatro caballos muertos. Habíase convenido que la lucha, que principió á las diez de la mañana, no podría pasar de la hora de ponerse el sol. Mucho antes de esta hora habian sido desmontados todos los franceses, á escepcion de dos, uno de ellos el caballero Bayardo; y sus caballos, á los cuales dirigian principalmente sus golpes los españoles, estaban muertos ó fuera de combate. Los castellanos, de los que todavía se mantenían siete á caballo, estrechaban terrible-

¹⁸ Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 169.—Ulloa, Vita di Carlo V, fol. 10.—Crónica del Gran Capitan, capítulo 66.

mente á sus contrarios dejando poca duda sobre el éxito de aquel combate. Pero los últimos, atrincherándose detras de los caballos muertos, se defendían bien contra los españoles, que en vano procuraban hacer saltar aquella barrera á sus corceles atemorizados. En esta forma continuó la lucha hasta puesto el sol, y como ambas partes se mantenían en el campo, no se adjudicó á ninguna la palma de la victoria, sino que se declaró que todos se habian conducido como buenos y esforzados caballeros¹⁹.

Concluido el torneo, los combatientes se reunieron en medio de la liza, y se abrazaron con verdadero espíritu caballeresco, "celebrando juntos una buena cena," dice un antiguo cronista, antes que se separaran. El Gran Capitan no quedó satisfecho del resultado del combate. "Por lo menos," dijo uno de sus campeones, "hemos hecho ver la falsedad de la imputacion de los franceses, y que somos tan buenos caballeros como ellos." "Yo os envié por mejores," replicó friamente Gonzalo²⁰.

Mas trágico fin tuvo un combate á todo trance entre el caballero Bayardo y un noble español llamado Alonso de Sotomayor, que habia acusado á aquel de que le trató descortesmente siendo su prisionero. Bayardo negó el hecho, y desafió al español á que lo probara en singular combate, á pié ó á caballo, segun quisiera. Sotomayor, que conocia la extraordinaria destreza de su contrario en manejar el caballo, eligió pelear á pié.

Duelo entre
Bayardo y So-
tomayor.

En el dia y hora convenidos, los dos caballeros entraron en el palenque, armados de espada y daga y cubiertos de acero, aunque, con cierta temeridad no acostumbrada en estos combates llevaban levan-

1503.
20 de Febrero.

¹⁹ Crónica del Gran Capitan, cap. 53.—D'Auton, Hist. de Louys XII, parte 2, chap. 26.—Giovio, Vita Illust. Virorum, pp. 238, 239.—Mémoires de Bayard, par le Loyal Serviteur, chap. 23, apud Petitot, Collection des Mémoires, t. xv.—Brantome, Œuvres, t. III, disc. 77.

Este célebre torneo, sus causas y los pormenores de la accion, se cuentan de tantas maneras diferentes cuantos son

los historiadores, y esto á pesar de haberse verificado delante de multitud de testigos que no tenían que hacer mas que ver y advertir lo que á su vista pasaba. Los únicos hechos en que todos convienen son que hubo tal torneo, y que ninguna de las partes obtuvo el triunfo. Hasta aquí la historia.

²⁰ D'Auton, Hist. de Louys XII, ubi supra.—Quintana, Españoles célebres, t. II, p. 263.

PARTE II. todas las viseras. Entrambos combatientes hincaron la rodilla por un instante en silenciosa oracion, y levantándose despues y puestos frente á frente, adelantaron uno contra otro; "yendo el buen caballero Bayardo," dice Brantome, "con la misma soltura que si sacara al baile á una linda dama."

El español era mas alto y vigoroso, y procuraba anonadar á su contrario con terribles golpes, ó asirse á él y derribarlo al suelo. El último, dotado por naturaleza de menos fuerzas, se hallaba ademas debilitado de resultas de una fiebre de que no estaba aún enteramente restablecido; pero era mas ágil y ligero que su adversario, así como mas diestro, con lo cual no solo podia parar los golpes de su enemigo, sino dirigirle los suyos al menor descuido, mientras le desconcertaba con la rapidez de sus movimientos. Por último, habiendo el español perdido algo de su aplomo por una cuchillada mal dirigida, Bayardo aprovechó la ocasion para tirarle tan diestra estocada sobre la gola, que ésta saltó, y la espada entró en el pecho. Furioso Sotomayor con el dolor de la herida, recogió todo su aliento para hacer el último esfuerzo, y agarrando á su contrario, ambos vinieron juntos al suelo. Antes que ninguno pudiera desasirse, el ligero Bayardo, que habia conservado durante todo el combate la daga en la mano izquierda, al paso que Sotomayor la tenia en la cinta, dió tan fuerte golpe por debajo de los ojos á su enemigo, que le hizo penetrar el acero hasta la sien. Despues que los jueces adjudicaron la gloria del combate á Bayardo, los cantores empezaron á entonar, como era costumbre, himnos en loor del campeon triunfante; pero el buen caballero les mandó que callaran, y despues de ponerse de hinojos dando gracias por su victoria, se salió con pasos mesurados de la liza, diciendo que hubiera deseado que el combate hubiese concluido de otra manera, siempre que su honor quedara salvo ²¹.

En estas justas y torneos, que las crónicas contemporáneas refieren con harta prolijidad, pero en un tono verdaderamente interesante, podemos descubrir los últimos fulgores del brillo de la caballería

²¹ Brantome, Œuvres, t. vi, Discours sur les Duels.—D'Auton, Hist. de Louys XII, parte 2, chap. 27.—Ulloa, Vita di Carlo V, fol. 11.—Mémoires de Bayard, chap. 22, apud Collection des Mémoires.—Giovio, Vita Illustr. Virorum, p. 240.

que iluminó las tinieblas de la edad media: brillo que aunque fuera bárbaro y duro comparado con los pasatiempos de épocas mas cultas, producía tal ostentacion de magnificencia, cortesanía y honor caballeroso, que cubria con cierto viso de cultura parecido á civilizacion, el feroz aspecto de aquellas edades.

En tanto que los españoles encerrados dentro de los muros de la antigua ciudad de Barleta procuraban distraer la monotonía de su vida con estos ejercicios caballerescos, ó con alguna correría por el país comarcano, padecían extraordinariamente por falta de pertrechos de guerra, de víveres, de vestuario y de los artículos mas necesarios para la vida. No parecia sino que su rey los habia abandonado á su suerte en aquel olvidado puerto extranjero, sin hacer ni un esfuerzo para librarlos ²². ¡Cuán diferente era esta conducta de la maternal solicitud con que Isabel velaba por sus soldados en la larga guerra de Granada! Parece que la reina no se mezcló en la direccion de éstas de Nápoles, las cuales, no obstante el gran número de súbditos suyos de Castilla que en ellas habian tomado parte, miró probablemente desde el principio como pertenecientes á Aragón, tan exclusivamente como las conquistas del Nuevo-Mundo á Castilla. Pero fuera de esto, cualquiera que hubiese sido el interes que tomara en su éxito, el estado decadente de su salud por aquel tiempo no le hubiera permitido tomar ninguna parte en su direccion.

No abandonó su noble ánimo á Gonzalo en aquellos momentos de prueba, sino que se levantaba mas y mas á medida que eran menores las esperanzas y recursos que tenia. Alentaba á sus tropas con la promesa de que recibirían pronto socorro, y les hablaba con la mayor confianza de los víveres que esperaba de Sicilia, y de la gente y del dinero que habia de recibir de España y de Venecia. Procuró tambien, dice Giovio, que se esparciera la voz de que un gran cofre que

²² Segun Mátyr se habian visto tan acosados del hambre algun tiempo antes de esto, que Gonzalo pensó seriamente en embarcar toda su pequeña guarnicion á bordo de la escuadra, y abandonar la plaza al enemigo. "Barlettæ inclusos fame pesteque urgeri graviter aiunt. Vicina ipsorum omnia Gal- li occupant, et nostros quotidie magis ac magis premunt. Ita obsessi undique, de relinquendâ etiam Barlettâ sæpius iniere consilium. Ut mari terga dent hostibus, ne fame pesteque pereant, sæpe cadit in deliberationem." Opus Epist., epist. 249.

PARTE II. habia en su cuarto estaba lleno de oro, que en el último extremo sacaria. Sus antiguos soldados, añade el mismo autor, meneaban la cabeza al oír estas y otras agradables invenciones de su general, como para significar que no lo creían. Sin embargo, algun tanto se persuadieron por haber llegado poco despues un barco siciliano cargado de granos, y otro de Venecia con varios pertrechos y vestuario, que Gonzalo contrató, fiando él y sus principales oficiales, y distribuyó gratuitamente á sus desnudos soldados²³.

Los franceses se hacen dueños de la Calabria. 1502. 25 Diciembre. En este tiempo le llegó la mala nueva de que un pequeño cuerpo que se habia enviado de España en su socorro al mando de D. Manuel de Benavides, y que despues se reunió con otro mucho mayor de Sicilia mandado por Hugo de Cardona, habia sido sorprendido y completamente destrozado por Aubigny, cerca de Terranova. A este revés se siguió la reduccion de toda la Calabria, que aquel general á la cabeza de su gendarmería francesa y escocesa habia recorrido de uno á otro extremo sin oposicion²⁴.

Constancia de los españoles.

Cada vez era mas triste la perspectiva que se ofrecia á la pequeña guarnición de Barleta. La derrota de Benavides quitaba toda esperanza de socorro por aquella parte; la ocupacion de la mayor parte de las plazas fuertes de la Apulia por el duque de Nemours impedia toda comunicacion con el territorio inmediato, y una escuadra francesa que cruzaba en el Adriático hacia sumamente difícil la llegada de provisiones y refuerzos. Pero Gonzalo conservaba la misma confianza y alegría que siempre, la cual procuraba infundir en el ánimo de los demas. Conocia bien el carácter de sus compatriotas, sabia adonde llegaban sus fuerzas, y procuraba escitar todos sus sentimientos de honor, lealtad, orgullo y nacionalidad; y tanto fué el imperio que adquirió sobre sus ánimos, y tal el afecto que supo inspirarles por la amenidad de su trato y por la nobleza de su carácter, que no hubo el menor murmullo ni señal de insubordinacion en todo este largo y penoso sitio. Pero ni la escelencia de sus tropas, ni los recursos de su

23 Giovio, Vita Illust. Virorum, p. 242.—Zurita, Hist. del rey Hernando, t. 1, lib. 5, cap. 4.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 167.—Guicciardini, Istoria, p. 283.

24 Ibid., lib. 5, p. 294.—D'Auton, Hist. de Louys XII, parte 2, chap. 22.—Crónica del Gran Capitan, capítulo 63.

genio hubieran bastado á sacar á Gonzalo de las dificultades en que se veía envuelto, si no fuera por los grandes desaciertos de su contrario. El general español, que conocia bien el carácter del comandante frances, aguardaba con paciencia que llegase su ocasion, cual diestro jugador de esgrima dispuesto á dar un golpe decisivo sobre el primer punto vulnerable que se descubriera. Tal ocasion se le presentó por fin á los principios del año siguiente²⁵.

Los franceses, no menos cansados que sus contrarios de su larga inaccion, salieron de Canosa, donde el virey habia establecido su cuartel general, y cruzando el Ofanto, marcharon en derechura á ponerse bajo los muros de Barleta con intento de arrojar á la guarnicion de aquella "antigua caverna," como ellos decian, y de forzar al enemigo á decidir la contienda en una batalla. En su consecuencia, el duque de Nemours, tomado que hubo posicion, envió á la plaza un trompeta desafiando al Gran Capitan á la batalla; mas éste dió por respuesta, "que estaba acostumbrado á elegir el tiempo y lugar para combatir, y que agradecería al general frances que esperara hasta que sus tropas hubieran tenido tiempo de herrar los caballos y limpiar las armas." Finalmente, Nemours, despues de permanecer allí algunos dias, y viendo que no habia probabilidad de hacer salir de sus reparos á su sagaz enemigo, levantó el campo, y se retiró, satisfecho con la vana honra de esté jactancioso alarde.

Mas apenas habia vuelto confiadamente la espalda, cuando Gonzalo, que con dificultad habia podido impedir á sus soldados que salieran contra su insultante enemigo, dió orden para que toda su caballería, al mando de Diego de Mendoza, cubierta con dos cuerpos de infantería por los flancos, marchara á perseguir á los franceses. Ejecutólo Mendoza con tanta presteza, que con los caballos que iban algo adelantados de la infantería alcanzó á la retaguardia de los franceses antes que se hubieran alejado muchas millas de Barleta. Los franceses se detuvieron al momento para recibir el ataque de los españoles, y despues de una viva escaramuza, que no duró mucho, Mendoza se retiró seguido por el incauto enemigo, que á consecuencia de su marcha irregular y desordenada se hallaba separado del grueso

25 Ulloa, Vita di Carlo V, fol. 11.—

247.—Zurita, Hist. del rey Hernando, t. 1, lib. 5, cap. 9.

Nemours desafia á los españoles. 1503. Enero.

Derrota de la retaguardia de los franceses.